

* Jordi Doce

Escritor español
Correo electrónico: ocegonzalez@telefonica.net

Saludo

Y tú, vida que empiezas,
no digas nada aún:
crece sobre tu sangre,
sé temblor y latencia.

Ciego nudo abisal,
giras en los serenos
hondones de tu madre,
en el limo imantado.

No siempre vivirás
sin tiempo, sin mirada.
Asomará tu boca
a las puertas del día.

Tu cuerpo espera y calla.
Multiplicado tacto
el de esta piel bañada.
Respiras negro, negro.

(1999)

*JORDI DOCE: Es autor de los poemarios "Lección de permanencia" (Pre-Textos, 2000), Otras lunas (DVD, 2002), Gran angular (DVD, 2005) y Monócticos (CAM, 2012). En prosa ha publicado los libros de notas y aforismos Hormigas blancas (Bartleby, 2005) y Perros en la playa (La oficina, 2011), y los libros de ensayo Imán y desafío.

Presencia del romanticismo inglés en la poesía española contemporánea (Península, 2005), La ciudad consciente (Vaso Roto, 2010), Las formas disconformes (Libros de la resistencia, 2013) y Zona de divagar (Vaso Roto, 2015).

Invernal

One must have a mind of winter...

Wallace Stevens

El tiempo no te ha dado las respuestas,
sólo nuevas preguntas.

Declina con las horas
la luz, las calles se despueblan,
desde tu cuarto sólo ves
un futuro de ramas harapientas,
la noche agazapada en los tejados,
y crees sentir, incluso, esa quietud
que precede a la nieve
como un aliento contenido,
algo que espera a ser
y desespera.

El invierno
lo hace todo más simple,
con su buril de frío y de carencias.
Es una disciplina,
un acuerdo entre el mundo y su reverso,
el lado de penumbra en que se apoya.

El color de la tarde
se iguala al pensamiento.
Cae sobre la calle
una luz aclarada, casi exenta,
y todo se distancia y adormece
como en un objetivo,
como si el mundo fuera un diagrama del mundo,
un mapa desnutrido y eficaz
que ha dado con el hueso de las cosas.

La mente se complace en el invierno.
Le alivian sus aristas,
su quieta economía,
la forma en que se atiene a lo que tiene.
Todo lo simplifica,
también estas preguntas intranquilas
que cambian con el tiempo,
que no cambian.

(2001)

Palomas

Cruzan el patio las palomas.
Se cuelgan del alféizar, gorgotean,
van y vienen por la penumbra
con sus plumas raídas y su insolencia
terca.
Palomas de ciudad,
vestidas del hollín que respiran,
sirvientes del tendal y la basura.
Las odio cordialmente desde mi ventana,
busco espantarlas, cuelgo plásticos,
pero es inútil.
Vuelven al poco, o nunca se marcharon,
y de nuevo me llega,
burbuja sobre el limo de las horas,
el émbolo sonoro de sus cuellos.
Algo dice, tal vez, ese discurso de una
sílabas,
su gutural monotonía
poblando el patio de impaciencias.
Algo que ignoro y no puedo ignorar,
que insiste en el silencio de la casa
con tonos de reproche y desafío.
Traduzco un par de páginas, preparo
café,
se demora la tarde en su grisalla
y allí las veo, necias y abstraídas,
con su grave zureo que me interroga.
Algo dicen, tal vez, que mi sombra
comprende,
que mi sombra calló y ahora recuerda,
porque es suyo.

(2003)



*Jorge Valbuena

Escritor colombiano
Correo electrónico: creativasjv@yahoo.com.co



Fotografía: Thalía Abrigo

*JORGE VALBUENA: (Facatativá, Cundinamarca, Colombia, 1985). Magister en Estudios de la cultura con mención en Literatura Hispanoamericana, UASB - Quito; Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá. Su obra *Péndulos* fue reconocida con el primer puesto en el concurso Bonaventuriano de Poesía en 2010 y su poema "Abismos del silencio" fue ganador en

el concurso nacional de poesía Palabra de la Memoria. Su cuento "Atando anzuelos" fue ganador en el Concurso Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá (2014). Forma parte del comité editorial de la Revista Latinoamericana de Poesía La Raíz Invertida www.laraizinvertida.com. En el año 2012 publicó su libro "La danza del caído", El ángel editor, Quito Ecuador.

Pasajera de agua

A Tamia

Una muchacha se pasea por la plaza central
la he visto cruzar por la fuente
preguntando a la gente que la rodea
si es cierto que adentro hay peces...
(no hay peces, es cierto, y no me cabe la menor duda)
pero le quiero hablar
así que antes de que alguien le diga la verdad
atrapo uno y le digo que son transparentes.

La mujer que se pasea por la plaza central
no ha vuelto a venir,
hace falta verla rondar con sus lindas piernas de cuarzo
estos callejones perdidos.
Alguien habló un día del acuario
donde guarda el pez que le he dado,
no puede dejar de mirarlo
de habitarlo,
de beberlo,
de murmurarle canciones de lluvia.

Olvidé decirle que con el tiempo
ellos aprenden a volar.
No haré caso de su ausencia
alrededor de la fuente me sentaré a esperar
guardaré con recelo estos peces que me flotan
en el océano secreto donde ella me respira.

La ardiente oscuridad

Hemos muerto.

Todos en esta casa han abierto las ventanas
han dejado libre al silencio
y al tiempo que nos busca.

Las viejas grietas
buscan su desembocadura.

Las sombras rasgan las paredes
de la incertidumbre.

El aire, viciado de recuerdos
asfixia los platos vacíos.

El cielo ha olvidado su nombre
y quiere bebernos en la tempestad.

Caen las plumas de los nidos
y las cascaras de sus vuelos.

Hambrientos de abismo
oscurecemos
lamemos la cornisa de las tardes.

En esta casa
invasada de pájaros de humo
sólo la noche
nos sepulta.

Señales de humo

Desde esta esquina podemos escuchar los
recuerdos
verlos pasar rodando como piedras lanzadas
desde otro tiempo
hasta este invierno
que nos incinera.

Esperamos que las tormentas pasen despacio
que se replieguen en sus alas movedizas
y hagan su estorbo en la cornisa de estas
sombras.

Mordemos el tímpano de la historia
padecemos el dolor de las crisálidas al nacer
enhebramos el chillido en las lápidas que
cubren las cabezas.

No hay afanes para vivir
no hay vicios que esperen
ni desesperos más fatuos
que esta sobriedad.

Somos una legión de dolores cuaternarios
puestos a prueba en el frío de este siglo
que renueva los suspiros y los
congela
en el ciclo vital del sufrimiento.

Desvanecidos y secretos
escuchamos los recuerdos doblar las esquinas
husmear estos viejos adoquines
rondar con sus pasos de elefante
las cicatrices
del viento.

* Bernardita
Maldonado

Egresada de la Carrera de Lengua Castellana y Literatura
Universidad Nacional de Loja
Correo electrónico: bernarditamaldonado@hotmail.com

LAS COLINAS

las imposibles colinas
y la ciénaga que se empeña en seguir.
Perecer no es la cuestión
la cuestión es que unos ojos
unas manos te mantengan a flote
mientras la piedra desiste y se acomoda en el fondo.
Morir no es la cuestión
sino hacer el camino de los pájaros friolentos
como un ángel
con mil alas de arena.

*BERNARDITA MALDONADO: Es autora de "Biografías de pájaros" (CCE, Loja, 2007). Consta en las antologías "Abriendo puerta... por amor al arte" (Celya, Salamanca, 2006), "Miguel Hernández" (Universidad de Alicante, 2007) y Antología para el siglo XXI Fernando Sánchez Sabido. Ha publicado poemas en la revista Palabrar del matemático (Madrid, 2009), Auca (Alicante, números 17, 24, 27, 31) Guaraguao (Barcelona,

2012), Poemas (Revista Suridea, noviembre del 2012) Héctor Manuel Carrión la extensa soledad del corazón (compilación y estudio introductorio de la obra de Héctor Manuel Carrión) (CCE Loja, 2014) "Con todos los soles lejanos", (2015) de la CCE Loja. Con el liceo poético de Benidorm ha realizado recitales poéticos en la Comunidad Valenciana desde el 2005 hasta el 2009. Colabora con la revista literaria Rocinante.

AMANECE EN LOS LÍMITES DEL MUNDO, en los márgenes del lenguaje, todo el mar y su trayecto se condensan en este minuto. El primer trazo de luz se extiende por las estriadas colinas, la ciudad mendiga su ración de malva matinal, todo descansa sobre los perfiles de las casas, palabras prestadas, indescifrables, nos representan. Tú duermes aun esperando despertar más allá de mares y desiertos, más allá de todas las transparencias de las aguas. Toco tu sueño como se toca la blanca grafía de la muerte, la que rasgará el aire, la que romperá este único trazo de luz entre la niebla, la que borrará este instante, su duración serena, la que se pierde en la hoja en la que escribo, sólo tú te quedas, sólo tú permaneces tensando el arco mudo de las palabras, en el alba redentora de la mañana.

EN LA CIUDAD DEL MOLINO ROJO los locos atan y desatan sus nudos con la misma torpeza que un niño los cordones de sus zapatos, la demencia es el camino más alto y desierto dijo Jacobo Fijman, mientras guardaba su pijama de cebra y confundía el tejado de una casa de Bs. Aires con el rizoma de un abeto, o las branquias del pez globo, entonces uno puede entender que falte almidón para las camisas, uno puede entender la nostalgia del pan por la sementera, uno entiende el desapego de los locos de unas cuantas ropas viejas, de una pipa, de unos cuantos libros, pero no se puede entender el negro del ónice que hace triste la noche tras los grandes muros del hospicio. Jacobo Fijman buscaba a Dios en un destello luminoso, por eso, separó la claridad de la oscuridad, el blanco del rojo y del negro, y dios le habló desde un tiempo sin fondo y sin color, como si le hablara un canto rodado sumergido en las insípidas aguas del mar del norte y le mostro las mil formas de encontrar el pozo subterráneo que alimenta la higuera a la que nosotros los ciegos preparemos para ver pasar a Jesús, en un camino por donde no hay camino cuando seamos los habitantes del milagro simple, de volver a atarnos los cordones, con los mismos ojos y las mismas manos que los infantes de Bosnia o Nazaret.

AMARILLO

Al paso del topo las raíces se destrozan, la luz tamizada del atardecer ilumina frágiles concavidades. Entre agua y savia las palabras, las semillas. El topo menosprecia la posibilidad de una guarida. Busca densidades en el cieno. En la gravedad de la luz cambia roca por aire y viceversa, los estambres surcan la humedad gastada de la tarde. ¡Yo te nombro fango! En estas orillas de río sin molino, entre un cóndor y su presa, el poema está de paso, persigue el amarillo talud de las selvas de las significancias.

BLANCO

Donde todo es blanco, el fragmento no puedes ser más que blanco. Blanco el estallido entre párpado y pupila, blanco el punto donde la extensión se comprime y dios desaparece, blanca la invisible existencia de dios, blancos los márgenes de las páginas y su territorio aterrador, blanco el frotamiento de sílex contra sílex, blanca la piel tensada de un búfalo blanco que es la eternidad. Blanca la mordedura con que aprieto el anzuelo de la vida, que se enmaraña en el blanco cabello de una anciana que en una isla jónica planta cerezos blancos y se resbala en la totalidad de un blanco blanco, blanco radical, donde nunca paran mis ojos de asombrarse de la ausencia blanca de un dios blanco.

HE AMADO LOS GRANDES RÍOS, que muelen la avena el mijo y el arroz cosechado por mujeres de hermosos ojos rasgados, he amado la ínfima semilla que saciará el hambre de niños que juegan sobre misiles, y que ha sido germinada por aguas de estaño, he amado las aguas que bañan las piedras de Cuzco, Java, Eritrea, he amado el espíritu de las aguas en las que los viajeros reflejan sus gestos y sus sombreros, he amado el agua en que abrevó Platero, las aguas recogidas sobre la fuente de una iglesia del páramo andino, donde las gentes cambian mazorcas, aves, tambores.

He amado tanto, tanto el don de las aguas, que es hora de ocuparme de la sed.